



«Te encuentro —le dije— un poco mal». «Amarillo», ratificó. «Y ceñudo». Asintió con la cabeza y explicó: «Es que sufro de represión sexual». «Liberate». «No puedo. No hay mujeres».

Miró en torno mío y pude discernir varios ejemplares. «Hay en España, aproximadamente, unos diecisiete millones...». «Eso —respondió sardónico—: hagamos la cuenta. Quitamos diez millones de menores de veintidós años. ¡Vetadas por la ley! Podría ser el final de mi vida, comprendes, si yo...». «Comprendido. Quedan siete». «Pero las demasiado mayores no me sirven. Quitamos cinco millones...». «Aun así, quedan dos». «En las edades válidas, el 70 por 100 están casadas. Y los maridos aquí disparan o navajean». «Bueno, ya no tanto...». «Pero hay probabilidades». «Conforme: el 70 por ciento de dos millones son un millón cuatrocientos mil... Quedan seiscientos mil...». «Un 58 por 100 de las mujeres españolas están decididas a llegar vírgenes al matrimonio. Y habrás comprendido fácilmente que yo no trato de llegar al matrimonio...». Se hicieron las cuentas. El 58 por 100

negativo es el 42 por 100 positivo: de seiscientos mil, resultaba que mi buen y pobre amigo aún podía contar con 252.000. Me pareció una cifra aceptable para cubrir una represión sexual. Se lo dije.

Y me miró como quien mira a un tonto, y yo me quedé como un tonto mirado. «Descuenta ahora las feas, las tullidas, las enfermas. Si haces un cálculo por lo que ves en torno tuyo, comprenderás que el género no aceptable es, por lo menos, de tres cuartas partes del total. No hagas la cuenta, que ya la he hecho yo. Quedan 63.000». «Quizá tengas un temperamento tan excesivo que no te basten...». «Infeliz, me bastaría con una, una sola... Pero es que no hemos terminado. Estás pensando en España, y yo estoy y vivo en Madrid. No voy a lanzarme por la Península buscando... Tengo que limitarme a lo que tengo a mi alcance... Pongamos que

HISTORIA DEL REPRIMIDO SEXUAL

Madrid y su zona representan una décima parte de toda España, y quedarán 6.300». «Prosigue», le animé, sin ánimo ya para nada. «Esas 6.300 son verdaderas gemas. Mujeres hermosas, jóvenes, pero no menores, proclives... Comprenderás que no están solas. Tienen amantes. Un 90 por 100, por lo menos, tienen ya su hombre». «Aún hay 630». «Comprenderás que no es fácil encontrar 630 mujeres posibles entre 17 millones; y más de 17 millones, porque ahora se distingue poco a los jóvenes de las jóvenes, y hay que andar preguntando. Pero aun así, no son en realidad 630. Piensa en aquellas que no están dispuestas a aceptarme a mí. Soy un tipo más bien medio...». «Yo diría que por debajo de la media». «Y pobre. No tengo mucho tiempo ni mucho dinero que dedicarlas. Un 99 por 100 de estas verdaderas joyas no quieren ni mirarme. Quedarían entonces 6,3 mujeres...».

Quita el decimal. ¿Cómo me acuerdo yo con un 0,3 de mujer? Por lo tanto, hay seis posibles... Pero dos terceras partes sufren en estos momentos sus molestias periódicas... ¡Basta ya! Hay dos, precisamente dos. ¡Vete a buscarlas!». Me miró con tristeza: «Ya están encontradas». «¿Y?». «Una es mi hermana. Hay, por lo tanto, que excluirla. Y con la otra reñí definitivamente ayer. Y desde ayer estoy sufriendo los tormentos de la terrible represión sexual. Y he comprendido que es para siempre. No hay mujeres, si uno aplica rigurosamente las estadísticas. Toda esperanza ha terminado...».

«Podrías —insinué— buscar, como otros, una cierta salida... Algo, claro, que... Vamos, pretendo decir, que si la homosexualidad...». Su gesto se hizo lúgubre. «Por ahora no me interesa. Pero si me interesase, también resultaría imposible. Verás: hay en España 17 millones de varones, pero...». Fueron las últimas palabras que le escuché antes de emprender la huida.

FO

